

Dificultades para la implementación de políticas públicas anti-racistas: casos de Cuba y Brasil.

Dionisio Lázaro Poey Baró

Universidade Federal de Pará-UFPA, Belem, PA, Br

Resumo

As sociedades de Cuba, Brasil e outras nações latino-americanas e caribenhas que compartilham um passado escravista apresentam muitas semelhanças, dentre elas as resultantes da interação entre as culturas dos povos africanos escravizados em América. Cuba no ano de 1886 e Brasil dois anos depois foram os últimos países em abolir a escravidão e estabelecer regímenes republicanos, mas, as elites dirigentes não garantiram a igualdade de oportunidades para os cidadãos negros, criando diversos mecanismos que reforçaram a discriminação racial, dentre eles a oficialização da denominada “democracia racial” difundida desde a década de 1930. Essa ideologia dominante tem obstaculizado a elaboração de políticas públicas. Neste artigo analiso esses obstáculos criados às políticas públicas em ambos os países.

Palavras-chave: Cuba, Brasil, política de igualdade racial

Resumen

Las sociedades de Cuba, Brasil y otras naciones latinoamericanas y caribeñas que comparten un pasado esclavista presentan muchas semejanzas como la interacción entre las culturas de los pueblos africanos esclavizados en América. Cuba en 1886 y Brasil dos años después fueron los últimos países del continente en abolir la esclavitud y establecer regímenes republicanos, sin embargo, las elites dirigentes no garantizaron la igualdad de oportunidades para los ciudadanos negros, creando diversos mecanismos que reforzaron la discriminación racial, entre ellos la oficialización de la denominada “democracia racial” difundida desde la década de 1930. Esa ideología dominante ha dificultado la puesta en práctica de políticas públicas. El presente trabajo analizo esos obstáculos interpuestos a las políticas públicas en ambos países.

Palabras claves: Cuba, Brasil, política de igualdad racial

Abstract

The Cuban, Brazilian and other Latin American and Caribbean Nations which share a slaveholding past have many similarities as the interaction between the cultures of the peoples of Africa enslaved in America. Cuba in 1886 and Brazil two years later were the last countries to abolish slavery and establish Republican regimes whose elites not guaranteed equality of opportunity for black citizens, raising various mechanisms that reinforced the racial discrimination, including the official recognition of the so-called “racial democracy” disseminated since the 1930’s. This dominant ideology has made difficult in large measure public policies. This paper analyzes the influence of this ideology in the elaboration or implementation of public policies for the eradication of racial inequality in both countries.

Keywords: Cuba, Brazil, political racial equality

Entre las décadas de 1920 y 1930, algunos países de América Latina conocieron un proceso de modernización, fundamentalmente en los ámbitos político, ideológico y cultural. Estructuras políticas instauradas en el siglo XIX o en los inicios del XX entraron en crisis y fueron contestadas por los nuevos actores sociales (intelectuales, estudiantes, sindicalistas, socialistas) que irrumpieron en la escena pública armados de las nuevas ideologías e proyectos políticos y bregaban en un mundo marcado por los resultados de la primera guerra mundial, la consolidación del socialismo en la Unión Soviética, la expansión de las ideas democráticas en Europa junto al crecimiento del fascismo y el preuncio de una nueva guerra mundial, procesos que fueron agudizados por la crisis económica internacional de 1929.

Las transformaciones políticas, económicas y sociales en ese periodo fueron acompañadas y, en muchos casos impulsadas, por las acontecidas en el mundo de las ideas que circulaban rápidamente de las matrices europeas a las naciones latinoamericanas, donde en muchos casos fueron adaptadas a la realidad local o resignificadas estructuralmente. Así, proyectos de nación inspirados en el fascismo europeo fueron plasmados de manera diferente en el movimiento político llamado ABC, de Cuba y en el integralismo surgido en el Brasil. El socialismo y su variante comunista europea conocieron una versión indigenista creada por el peruano José Carlos Mariátegui y una interpretación

anti neocolonial y antirracista aportada por los cubanos a partir de las respectivas realidades nacionales. Todo estaba en ebullición en las tercera y cuarta década del siglo XX latinoamericano: las artes, con sus ismos renovadores, llevaba al lienzo y a los murales las imágenes del indio, el negro, el mestizo, el obrero y el peón de la plantación comercial. La música erudita incorporaba ritmos y melodías populares hasta poco tiempo atrás despreciadas por las elites; los intérpretes de las realidades locales en sus búsquedas de las esencias nacionales (de “la cubanidad”, de “lo brasileño”) comenzaban a observar con lentes menos prejuiciados a los integrantes de los sectores sociales excluidos y a reconocerles un espacio destacado en la conformación de la nación.

Los transformadores políticos de la época, por vías violentas o negociadas, con mayor o menor participación popular, barren las arcaicas estructuras políticas oligárquicas como paso previo a la modernización de sus naciones. Así son eliminadas en la década del 30, la llamada “república vieja” brasileña y su equivalente cubana, a partir de los respectivos movimientos políticos victoriosos liderados por Getulio Vargas en el país suramericano y por un conjunto de fuerzas heterogéneas en la isla caribeña. Los nuevos proyectos de nación serán acompañados de novedosas interpretaciones de la realidad social y, como consecuencia, se consolida una manera diferente de analizar la historia, incluyendo en ella todos los sectores poblacionales que contribuyeron a su creación.

Para explicar ese proceso, el autor brasileño Renato Ortiz, en su libro *Cultura brasileira e identidade nacional*¹, hace un recuento de las posiciones asumidas por las élites intelectuales desde el siglo XIX hasta la década del 30 en lo concerniente al lugar otorgado al negro por los intelectuales que explicaban las características de la nación. Demuestra que los proyectos de nación brasileña defendidos en la segunda mitad del siglo XIX y las dos primeras décadas del siglo XX estaban marcadas por la ideología racista, predominante en una sociedad esclavista, que desvalorizaba todo lo relativo a la población negra y a sus aportes culturales. El racismo nacional se justificaba “científicamente” con la producción de las élites europeas coloniales que consideraban a los integrantes de las razas subalternizadas seres atrasados

condenados a ocupar los escaños inferiores en la supuesta escala de desarrollo humano donde el hombre europeo estaba en el topo. Ese racismo de inspiración darwinista e positivista fue asumido por los racistas autóctonos latinoamericanos, facilitando que, en los casos de Brasil y Cuba, las elites políticas e intelectuales previendo el final del régimen esclavista (tardíamente decretado en 1888 y 1886 respectivamente) desarrollaran proyectos de europeización de sus países, mediante la importación de ciudadanos europeos, que según ellos estarían más aptos para asimilar los desafíos de la modernización que los negros, indios y mestizos locales.

Las mudanzas acontecidas en las décadas de 1920 y 1930 dejaron obsoletas las estructuras políticas e ideológicas predominantes hasta entonces y la nueva realidad, marcada por la emergencia de nuevos proyectos políticos como el varguista que, centrado en la idea de la consecución del desarrollo económico en función de una burguesía nacional, requería el aporte de todas las clases y sectores sociales, lo cual hacía necesario la promoción de una ideología unificadora. En ese marco histórico se produce, según ese autor, la coincidencia entre las nuevas interpretaciones letradas de la realidad nacional, especialmente la propuesta por Gilberto Freyre² a partir de su libro *Casa grande e senzala*, donde el negro y su cultura son aceptados, por primera vez, como una de las raíces fecundas de la nación brasileña. Es prevista la necesidad de que las élites políticas abrieran espacio a la población negra para participar, aunque de manera limitada y subalterna en los procesos políticos y económicos del país. Es entonces que las nuevas interpretaciones de la realidad son asumidas por las instituciones estatales y difundidas en toda la sociedad por medio de la escuela, la propaganda oficial, los periódicos, el cine, la radio. Manifestaciones culturales de fuerte raíz africana, como el samba y el carnaval, son elevadas a la categoría de símbolos de la nación. Las religiones de matriz africana comienzan a ser toleradas y se reduce la represión oficial contra las mismas. Se divulga en todos los medios de comunicación y de enseñanza posibles la idea de que Brasil es una nación mestiza, formada por blancos de origen portugués, negros e indios que, a diferencia de los Estados Unidos y África del Sur, vive en armonía interracial,

convirtiéndose esa idea idílica en el centro de la ideología dominante para la interpretación de las relaciones entre las razas. Era la llamada ideología de la democracia racial.

Cuba experimentó, con algunas diferencias, un proceso muy similar al brasileño en la interpretación de las relaciones entre las razas. Las élites intelectuales actuantes al final del siglo XIX, con raras excepciones, aspiraban al blanqueamiento racial de la nación como premisa del desarrollo y una vez instaurada la república en 1902, con el poder político totalmente sometido a los intereses de los Estados Unidos, vieron con disgusto e impotencia el arribo de millares de trabajadores eventuales caribeños contratados por los propietarios norteamericanos de los centrales azucareros, principalmente haitianos, considerados por ellas la expresión máxima del atraso en el Continente. La airada oposición de las élites racistas a los negros extranjeros, expuesta en periódicos, obras literarias y eventos científicos de inspiración eugenista, donde los tildaban de peligrosos para el avance del país permitió a algunos de esos intelectuales comenzar a incluir los negros cubanos en sus interpretaciones de la nación, diferenciándolos de los demás antillanos, pues supuestamente los de Cuba "habían conocido los efectos benéficos de la larga convivencia con los blancos de origen europeo".

Para los años 1930, esta última visión elitista de las relaciones raciales entroncó con el proceso de renovación del pensamiento político e cultural llevado adelante por intelectuales jóvenes impregnados de las nuevas ideas llegadas de Europa y que ellos naturalizarían. Una importante figura de las ciencias sociales, el historiador y antropólogo Fernando Ortiz, completó el proceso evolutivo de su obra al abandonar los enfoques lombrosianos presentes en sus primeros trabajos sobre el negro cubano escritos a finales del siglo XIX e inicios del XX y pasar a sostener una interpretación positiva de los aportes culturales de todos los pueblos que contribuyeron a la conformación de la nación cubana, entre ellos los africanos. Ortiz definió la cubanidad³ como el resultado de la interacción constante e inacabada de las culturas africanas, españolas e indígenas actuantes o remanentes en el país, que durante esa interacción forzada pierden algunos de sus elementos componentes, ganan

otros y, en general, sedimentan una nueva cultura, la cubana, también en movimiento con las nuevas influencias que recibe del exterior.

Las interpretaciones de la realidad poblacional cubana a partir de las décadas de 1920 y 1930 se verán influidas, de un lado, por las ideas de Fernando Ortiz y de una pléyade de artistas y escritores blancos que destacaban en sus obras los aportes africanos y del otro, por los aportes de artistas, escritores e intelectuales en general descendientes de africanos, que como el poeta Nicolás Guillén, comenzaron a observar la realidad cubana desde la perspectiva del negro. Desde entonces fueron abandonadas, en el espacio de las ideas, las concepciones racistas predominantes hasta las décadas anteriores y pasó a vigorar en el país una ideología democrática racial, la cual se fortalecía con la creciente difusión de las ideas políticas antirracistas y propulsoras de la unidad nacional defendidas por José Martí⁴ a finales del siglo XIX cuando organizaba la última guerra de independencia.

El pensamiento de José Martí ha sido, desde la creación de la república en 1902, una de las principales referencias políticas e ideológicas de los cubanos y textos suyos han sido utilizados con mayor o menor sinceridad para nortear los posicionamientos sobre la unidad nacional y la igualdad racial, tanto en los ámbitos gubernamentales como a nivel popular. Ideas como las expuestas en el artículo “Mi raza”⁵, publicado en 1893, fueron ampliamente difundidas hasta hoy y son citadas por todos los ciudadanos cuando se refieren a la temática racial: “*El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza u otra: dígase hombre y ya se han dicho todos los derechos*”.

Las diferentes ideas contenidas en ese fragmento del artículo “Mi raza”, leídas muchas veces sin la debida contextualización, afloran en todo análisis que los ciudadanos cubanos hacen de la realidad racial. Las frases “hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. Cubano es más que blanco, más que mulato, más que negro” verbalizan las concepciones democráticas raciales predominantes desde los años 1930 y que fueron asumidas en los programas de partidos, discursos políticos, currículos escolares. Están en los cimientos

de las concepciones sobre las razas sostenidas por los partidos y movimientos políticos democráticos e izquierdistas, aún cuando no las citen textualmente o no aparezcan en sus programas, pues esa es una de las características de la ideología de la democracia racial: la creencia en la no necesidad de mencionar explícitamente la cuestión racial, ya que se “sobreentiende” que no hay cuestión racial. Todo el mundo es cubano y, por lo tanto, es igual a los demás ciudadanos. No se menciona el tema y, pretensamente, desaparece el conflicto.

La igualdad racial instalada en la Cuba republicana no pasó de un mito. Y como acontece con todos los mitos, la realidad es substituida por su representación idealizada. La descontextualización de las palabras de Martí sigue el camino habitual: ignorancia de las características de la época en que fueron escritas, la causa específica que motivó su escritura, el público a quien iba dirigida⁶. Lejos estaba Martí de querer mixtificar y demostrar que no era necesario abordar el tema racial ni combatir las manifestaciones racistas, lo cual estuvo haciendo desde que comprendió la nocividad de esas conductas y la dificultad que implicaba para la concretización de la república democrática que trataba de crear.

La realidad republicana fue bien diferente de lo que los partidarios de la igualdad racial, principalmente los combatientes independentistas negros y mulatos esperaban encontrar. La paz, trajo para ellos, después de años – y en algunos casos, décadas de lucha y sufrimientos en el exilio - la exclusión total. La república no abrió espacio para ellos ni en el ejército creado. El estado no les dio empleos. No fueron adoptadas políticas públicas para mejorar las condiciones educacionales, de salud, de protección social y laborales desventajosas de las clases sociales más pobres, a las cuales pertenecía la abrumadora mayoría de la población negra.

La discriminación racial provocó el resurgimiento de las luchas reivindicativas de la población negra, encabezada en 1908 por el Partido Independiente de Color, dirigido por los excombatientes independentistas Evaristo Estenoz y Pedro Ivonet. La oposición de todos los sectores privilegiados de la

república a ese movimiento no demoró y después de muchos hostigamientos, represión y encarcelamiento de sus líderes, se le trató de excluir del sistema político al ser aprobado en el Congreso un proyecto de Ley que prohibía la existencia legal de partidos compuestos por militantes de una única raza. La aprobación fue inmediata, utilizándose como argumento principal la necesidad de evitar la división racial en el país. Muchos políticos, intelectuales y medios de información desataron una campaña abiertamente racista contra el PIC e incitaron a la represión. La posteriormente consolidada ideología de la democracia racial fue también esgrimida por algunos para reprimir a quienes luchaban por la igualdad racial verdadera y el usufructo de los derechos democráticos por todos. El PIC, en su desespero para eliminar la enmienda Morúa, decidió hacer una protesta armada en 1912, que fue brutalmente reprimida por las fuerzas del ejército y de millares de ciudadanos blancos que se alistaron como voluntarios para destruir el movimiento de los negros. Más de 3.000 personas, muchas de ellas inocentes fueron asesinadas en el interior del país, mientras en algunas ciudades importantes, como la capital, se dieron casos de linchamiento de negros en medio de una histeria racista colectiva.

Después del escarmiento dado a los opositores de la discriminación racial, fue evidente que no sería más posible en Cuba crear partidos o movimientos de masa compuestos sólo por integrantes de la raza discriminada. El eje de la resistencia a los efectos del racismo se trasladó entonces, a partir de 1912, a los clubes de instrucción y recreo de la población negra, cuya exclusividad nunca fue cuestionada por los detentores del poder en Cuba, porque a su vez, no tenían el menor interés en prohibir la existencia de clubes exclusivos para blancos.

Las demandas de los negros, combinadas en congresos y reuniones de las asociaciones de clubes fueron, a partir de la década del 30, llevadas a la esfera política mediante articulaciones realizadas con algunos partidos, posibilitando que algunas figuras y parlamentarios negros, vinculados a los clubes, o políticos blancos engajados en la lucha antirracista presentasen o estimularan la presentación de proyectos de Leyes en el Congreso para cohibir prácticas discriminatorias en el espacio público o,

sobre todo después de la aprobación Constitución de 1940 que abiertamente condenó la discriminación racial, reglamentar lo establecido al respecto en la carta magna.

Como parte del proceso de modernización de la república cubana y como influencia del contexto internacional de los años 1920 y 1930 ya mencionado, se enraizaron en Cuba las ideas socialistas y en 1925 fue creado el Partido Comunista, con una fuerte presencia de obreros entre sus fundadores. Ese partido se enraizó en el movimiento sindical, que a partir de entonces creció organizativamente, llegando a consolidar poderosas federaciones sindicales en los principales renglones de la economía cubana, tales como el azucarero, tabacalero y portuario, donde los trabajadores negros tenían amplia presencia. Esa composición racial de la fuerza de trabajo facilitó el ascenso de líderes negros a las principales posiciones sindicales.

Por otra parte, importantes intelectuales cubanos, negros y blancos (Fernando Ortiz, Nicolás Guillén, Rómulo Lachatañeré, Luciano Franco, Emilio Roig y muchos otros), que abrazaron la causa de la igualdad racial, contribuyeron no sólo desde sus respectivas artes y ciencias sino que militaron activamente en las asociaciones y sociedades de lucha antirracistas. La década de 1940 fue muy fecunda en ese aspecto.

Vale destacar que en el caso específico de los militantes de la causa racial con formación marxista, la interpretación del conflicto racial cubano estaba influida por una interpretación estricta de los postulados del marxismo, típica da época, en que se consideraba el factor económico como el principal y único digno de ser llevado en cuenta para resolver los demás problemas sociales. Si bien cotidianamente esos militantes condenaban las prácticas de discriminación racial, les faltó considerar también en sus análisis factores tales como el cultural, que contribuyen a la manutención y reproducción de las prácticas racistas y que tienen tanta importancia como el factor económico. Obviamente, en aquellas décadas no era posible conocer la variedad de temas que deben ser llevados en consideración, tal como se acostumbra en la actualidad, pero esa limitación en la lectura marxista de los problemas raciales debe referirse aquí pues es, junto a la

ideología de la democracia racial predominante en la población, una de las causas de las dificultades actuales para la solución definitiva del problema racial cubano.

Cuando se inicia la revolución de 1959 la erradicación de la discriminación racial estaba entre las principales expectativas de la población negra. Las primeras políticas sociales implementadas por el gobierno beneficiaron ampliamente a las clases populares, a las que pertenecía la mayoría de los negros y mulatos. La reforma agraria que eliminó el latifundio, la rebaja de los precios de los alquileres de viviendas y de las tarifas eléctricas; la reforma urbana; la campaña de alfabetización que erradicó el analfabetismo en apenas un año; la universalización de la enseñanza y de los servicios de salud; reformas en la seguridad social; erradicación del desempleo; la nacionalización de los clubes privados, pudiendo tener acceso los negros, por la primera vez, a todo tipo de lugares recreativos y playas. Estas y otras políticas públicas permitieron a los sectores discriminados una rápida mejora de su nivel de vida así como el disfrute de los principales derechos ciudadanos.

El antirracismo se constituyó en una de las marcas identificativas del nuevo régimen, el cual difundía ideas al respecto en el sistema escolar y en la propaganda política. Las evidentes mudanzas en las condiciones de vida e imagen del negro contribuyeron para reducir los pretextos utilizados tradicionalmente para discriminarlo. Sin embargo, a pesar de todos esos avances y de la remoción de la carga pesada de la exclusión, las relaciones entre las razas continúan permeadas por el racismo. Y ese racismo provoca discriminación y, de nuevo exclusión.

La ideología socialista, del modo en que era asumida en Cuba, insistía en la subordinación de las relaciones de poder racial, de género y otras a la clasista. Todo conflicto social, según esa manera de interpretar a Marx, era derivado de las relaciones sociales en el área económica y con la mudanza en esa esfera todos los demás problemas serían erradicados. Por ese motivo, en el nuevo régimen no se enfatizó en el tratamiento multilateral de la cuestión racial. Pensaban que con la erradicación del capitalismo

la discriminación racial desaparecía automáticamente. Los casos de discriminación que afloraban en el espacio privado y en la vida pública eran vistos como “rezagos del capitalismo destinados a desaparecer”.

Un veterano comunista y luchador antirracista desde su juventud, Pedro Serviat, ejemplificaba esa visión del conflicto racial predominante en el socialismo cubano. En su libro titulado *El problema negro en Cuba y su solución definitiva*⁷, decía:

la condición de explotados constituye el factor principal de unión entre los trabajadores, Sean blancos, negros o mestizos, cubanos o extranjeros; su separación es siempre un fenómeno temporal hasta el momento en que unos y otros toman conciencia de que en última instancia, su fuerza reside en la unidad y la hermandad y no en la separación⁸.

Pero la forma en que el marxismo cubano interpretaba el conflicto racial se vio reforzada y justificada con la manera en que el marxismo predominante en los países socialistas europeos abordaba los demás conflictos sociales. Parecía suficiente destruir el sistema clasista del capitalismo para resolver todos los demás problemas. En la época en que Serviat publica su libro, las informaciones que se publicaban en Cuba sobre el convivio social en los países socialistas eran totalmente idílicas. Nada se difundía sobre las discriminaciones y los conflictos étnicos, religiosos y de identidad en general que pocos años después deflagrarían cruentas guerras civiles internas y entre los ex-integrantes de países multinacionales, como la URSS y Yugoslavia. El mito, una vez más, sustituía la realidad y guiaba los pasos de los reformadores sociales por caminos inciertos:

El desarrollo económico, cultural y social alcanzado por las naciones de la comunidad socialistas ha demostrado que la única teoría que por su carácter científico puede ofrecer las soluciones más adecuadas a los complejos problemas sociales de cualquier nación, es el marxismo-leninismo.

Al producirse la expropiación de las clases que siempre estuvieron interesadas en mantener la discriminación racial como un medio de incrementar la competición y

la división entre el obrero negro y el blanco, y obtener así más lucros, se elimina el principal factor económico sobre el que se sustentaba la discriminación por motivos de raza y de sexo⁹.

Esa manera de asumir el marxismo para abordar los problemas raciales fue consolidándose en Cuba y en líneas generales es el que predomina hoy en las instituciones ideológicas, culturales y educacionales. Evidenciase en ellas una mezcla de la concepción democrática racial elaborada en Cuba a partir de la década de 1930 y el enfoque marxista predominante en los desaparecidos países socialistas europeos. Aunque en la segunda mitad de los años 80 el gobierno cubano reconoció la existencia de manifestaciones discriminatorias en el país y ensayó una tímida acción afirmativa, incentivando la entrada de algunos negros y mulatos en los puestos de dirección política y económica, es sólo a partir de la década siguiente que se permite la existencia de un debate público en los medios culturales y académicos sobre la cuestión racial. Ese debate se ha ido ampliando en los días actuales, pero a pesar de que en la máxima dirección del partido dirigente y del gobierno ha hecho referencias a los problemas raciales, no se han implementado políticas públicas especialmente destinadas a solucionar el problema.

La ideología de la supuesta democracia racial predominante en todas las camadas de la sociedad, hace que las personas con poder de decisión en las áreas económica, política, cultural y educacional, entre otras, no sientan necesidad de implementar acciones para mudar la relación entre las razas, totalmente desfavorable a la negra. A sus ojos se reproducen las condiciones de exclusión racial abierta existentes en el pasado y no se inmutan, pues una de las funciones de esa ideología es la de obnubilar la vista, para ocultar, disimular y conservar la verdadera ideología que interpreta y rige las relaciones entre las razas en los países que conocieron la esclavitud hasta el siglo XIX: el racismo. El racismo produce discriminación, separación y exclusión de una parte importante de la población en beneficio de la otra, tradicionalmente privilegiada, en la disputa por el acceso a los recursos económicos y a las diferentes posiciones de poder simbólico en cualquier sociedad. Sin la participación

de integrantes de los sectores discriminados en las posiciones de poder político es imposible la adopción o la implementación de políticas públicas que modifiquen las asimetrías entre las razas y faciliten el avance sostenido de las discriminadas hacia la igualdad permanente.

En Brasil desde el año 2003 se observa una experiencia inédita en ese sentido. Un país con una ideología democrática racial enraizada profundamente en la sociedad enmascarando el racismo cotidiano y una gran desigualdad entre las razas, totalmente desfavorable a la descendiente de africanos que constituyen el 50,3% de la población, emprendió a partir de la llegada al poder del presidente Luiz Inácio Lula da Silva del Partido de los Trabajadores (PT) un vasto programa de transformaciones sociales que incluye políticas específicas para enfrentar las desigualdades raciales.

Fueron creadas, inicialmente, una Secretaría Especial de Promoción de Políticas para la Igualdad Racial (SEPPIR), con status de ministerio, para tratar los asuntos relacionados con la erradicación de las consecuencias del racismo. Al mismo tiempo se instituyeron una Política Nacional de Promoción de la Igualdad Racial (PNPIR) y un Consejo Nacional de Promoción de la Igualdad Racial (CNPIR), paritario y de carácter consultivo, integrado por representantes de la sociedad civil y de diferentes órganos del estado con la misión de debatir y proponer políticas públicas antirracistas. Mas recientemente, en 2012, fue aprobado el Estatuto de la Igualdad Racial, en cuyos artículos se establece la posibilidad legal de instituir políticas públicas en diversos sectores, donde se observan desigualdades entre las razas, fundamentalmente, en la salud, la educación, el mercado de trabajo, los medios de difusión masiva, la publicidad, la cultura afrobrasileira, las religiones de matriz africana, entre otros.

Ese estado avanzado en el enfrentamiento a las desigualdades raciales conseguido en el Brasil, tiene su causa principal en la lucha del movimiento que, desde su reorganización, a finales de la década del 70, tuvo como una de sus líneas de trabajo fundamentales - junto al enfrentamiento de las acciones discriminatorias y la propuesta de políticas públicas

— la denuncia de la ideología de la democracia racial. Durante años denunciaron los efectos mistificadores de esa ideología y en unión a sus aliados en los medios académicos propiciaron un amplio debate en la sociedad.

Los militantes del movimiento negro están presentes en todos los sectores del espectro político, pero es en los partidos de izquierda donde se vincularon mayoritariamente. Muchos otros se mantienen fuera de las estructuras partidarias, pero aquellos que están en los partidos tienen poco poder dentro de ellos. Son raros los militantes negros que están en la dirección de algún partido político del Brasil, pues la ideología de la democracia racial también opera dentro y en el caso de la izquierda brasileña también predomina una visión dogmática con respecto a las relaciones raciales, que son vistas como una “derivación” de los problemas de clase.

En un seminario organizado por el Partido de los Trabajadores en el 2001, para debatir la necesidad de atender las demandas de otros grupos y sectores sociales, la historiadora Gevanilda Santos¹⁰ después de referir que la izquierda brasileira desde la fundación del Partido Comunista en 1922 no había debatido las relaciones raciales en el interior de la clase trabajadora, ni en sus documentos programáticos, realiza el siguiente análisis:

El argumento implícito es que la propuesta clasista de transformación de la sociedad capitalista soluciona la problemática de la población negra. Esa argumentación es resultante de una concepción política que comprende el racismo como una consecuencia de la pobreza generalizada a que está sometida la mayoría de los negros, lo que, en otras palabras, significa decir que el único factor de discriminación social es la pobreza. La izquierda admitía el exclusivismo del enfoque capital-trabajo como la principal contradicción para explicar la explotación y la opresión de la población negra de Brasil.

[...] La desorientación de la izquierda de Brasil en su acción práctica puede ser explicada por el desconocimiento de la situación de la diversidad cultural y de las diferentes contradicciones de clase

trabajadora brasileira. Sin dudas, al defender la perspectiva de eliminar las desigualdades económicas de la sociedad brasileira, la izquierda brasileira contribuirá a superar el racismo, en la medida en que las mejoras en las condiciones de vida elimina el elemento material de la manifestación del racismo, pero eso por sí sólo no eliminará la discriminación y la desvalorización social de los trazos culturales de matriz africana¹¹.

En los más de 10 años de vida de ese sistema de enfrentamiento al racismo estructural, Brasil ha obtenido resultados significativos al llevar políticas públicas a diferentes áreas de la vida social, en la educación, la salud, la atención a las comunidades remanentes de los antiguos quilombos¹² (palenques), entre otros, sin embargo la implementación de esas políticas no ha sido suficientemente amplia e eficiente de manera que los resultados, hasta el momento, están lejos de la solución definitiva de los problemas que procuran resolver.

El primero de todos los problemas parece ser la inexistencia de personal capacitado para aplicar las acciones afirmativas en las diferentes áreas de la administración pública. Muchos de los funcionarios sustentan la ideología de la democracia racial y no creen en la existencia de desigualdades raciales que ameriten la adopción de políticas específicas para atender a la población negra. De tal manera, las políticas debatidas y recomendadas por los integrantes del consejo nacional, elaborada y aprobadas por el poder ejecutivo, dejan de ser ejecutadas o son implementadas de manera parcial y lenta por los dirigentes y funcionarios encargados de la ejecución.

Para ejemplificar esos conflictos entre la aprobación y la implementación de las políticas públicas antirracistas sirve de ejemplo el proceso de ejecución del Programa Nacional de Promoción de la Salud Integral de la Población Negra (PNSIPN), que parte del “reconocimiento del racismo, las desigualdades étnico-raciales y el racismo institucional como determinantes sociales de las condiciones de salud, con vista a la promoción de la equidad racial”¹³.

La PNSIPN no procura crear un sistema de salud diferente para los descendientes de africanos, sino actuar sobre los determinantes sociales que inciden en el empeoramiento del estado de salud de la población negra, para que esta pueda mejorar colectivamente y alcanzar una equidad con la blanca en la salud. Desapareciendo esos determinantes negativos, mejorar la salud de la población negra y de hecho, la de todo el país. No obstante, muchas personas del área de la salud se oponen automáticamente o muestran su incomprensión cuando se les habla de cualquier tipo de focalización en las políticas públicas.

En una pesquisa realizada en el Estado del Pará, región Norte del país, que incluyó entrevistas a funcionarios de la secretaría estadual de salud y de la secretaría municipal de Cametá, en el interior amazónico, fue posible constatar las dificultades que existen para la aplicación de esa política pública.

Las dificultades logísticas, burocráticas y de conflictos de intereses generados por la interacción de tres esferas de gobierno (municipal, estadual y federal) son muchas, pero en las respuestas dadas a algunos cuestionamientos, las funcionarias entrevistadas dejan entrever que no existe un convencimiento pleno sobre la necesidad de implementar políticas focalizadas. Por ejemplo, una de las funcionarias responsabilizadas por la implementación de esas políticas en el Estado manifestó su convicción de la capacidad del Sistema Único de Salud (SUS), que tiene un carácter universal para resolver los problemas de salud pública sin necesidad de crear un programa que focalice un sector poblacional específico. Alega que en su secretaría todavía no existe un consenso y hay un fuerte debate entre las ideas de “unidad” y “separación”. Ella cree que “sólo es necesario tratar diferentemente a quien mora en la ciudad o en un quilombo”, aceptando apenas incluir diferenciación en el aspecto territorial, pues considera que “no se necesitan políticas específicas para cada grupo”.

En esa secretaría se han realizado algunas acciones específicas que benefician a la población negra, pero en entrevistas realizadas a integrantes del movimiento social negro vinculados al área de la salud se constata que es común la insatisfacción

con la marcha de la ejecución de las acciones, considerándolas escasas y afirman que lo poco que se ha avanzado se consiguió con las presiones de la militancia.

En el ámbito municipal, la ejecución de acciones de salud en el quilombo Porto Alegre, del municipio Cametá, es tan precaria que sólo provoca las críticas de los entrevistados. Por su parte, en la secretaría municipal de salud, la funcionaria entrevistada reconoció que no se han realizado acciones específicas para la implementación de la PNSIPN sino que la atención a la población de la ciudad y a los quilombolas se hace de manera universal.

Estos datos obtenidos en entrevistas que forman parte de una investigación más amplia sobre la implementación de las acciones afirmativas permiten ver la fortaleza de la llamada ideología democrático racial. Aunque las políticas públicas focalizadoras que el gobierno aprueba son enviadas para los ministerios y secretarías estatales y municipales encargados de ejecutarlas casi siempre precedidas de una explicación del motivo de las mismas y en ocasiones se organizan talleres o ciclos de conferencias para concientizar los ejecutores sobre la temática, es difícil su implementación dado el freno que impone la ideología de la democracia racial.

En Brasil a pesar de esos obstáculos se avanza más que en Cuba y en los otros países latinoamericanos en lo concerniente a los problemas generados por el racismo, pues la existencia de un movimiento social negro actuante en diferentes áreas de la vida social presiona a la máquina pública y exige resultados. También existen militantes de ese movimiento social que han conseguido espacio en algunas instituciones gubernamentales, donde pautan el debate interno sobre los problemas causados por el racismo en la población negra y las falacias de la ideología democrática racial predominante.

Notas

(Endnotes)

¹ Ortiz, Renato. *Cultura brasileira e identidade nacional*. Rio de Janeiro: Brasiliense, 2002.

- ² Freyre, Gilberto. Casa grande e senzala. São Paulo: Global, 2003.
- ³ Ortiz, Fernando. “Los factores humanos de la cubanidad”. In: Ortiz, Fernando. Fernando Ortiz y la Cubanidad (Selección de Norma Suárez). La Habana: Fundación Fernando Ortiz, 1996.
- ⁴ José Martí (1853-1895). Poeta, escritor y periodista cubano. Creador del Partido Revolucionario Cubano que organizó la última guerra de independencia (1895-1898), en la que murió en combate.
- ⁵ Martí, José.”Mi raza”. In: Obras Completas: La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1973. Tomo 2, p. 298.
- ⁶ Poey, Dionisio. “A 120 años de ‘Mi raza’”. Anuario del Centro de Estudios Martianos La Habana, Cuba. n. 36. 2013. [En proceso editorial]
- ⁷ Serviati, Pedro. *El problema negro en Cuba e su solución definitiva*. Apud: Pedro Pérez Sarduy y Jean Stubbs. *AfroCuba*. San Juan, Puerto Rico: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1998. P. 63.
- ⁸ Ibidem, p. 65.
- ⁹ Ibidem, p. 69.
- ¹⁰ Santos, Gevanilda “Comentários”. In: Ianni, Octavio [et.al.]. O negro e o socialismo. São Paulo: Editora Fundação Perseu Abramo, 2005.
- ¹¹ Idem, pp. 24-25.
- ¹² Quilombos era el nombre dado a los lugares donde se refugiaban los esclavos que huían de sus dueños. Practicaban la agricultura y otras actividades económicas según las características sociales y ambientales del lugar donde estuvieran. Actualmente el término es más abarcador, pues incluye como quilombolas a las comunidades negras creadas en lugares apartados donde se establecieron antiguos esclavos libertados e también a otras creadas en las antiguas propiedades abandonadas por los hacendados arruinados. La Constitución aprobada en 1988 reconoció el derecho de los quilombolas a la propiedad de sus tierras y en el primer gobierno de Lula (2003-2006) fue aprobado el programa “Brasil Quilombola” que establece un conjunto de políticas públicas articuladas para promover el desarrollo de esas comunidades que hasta el momento son más de 3.000 identificadas y que por el abandono en que fueron dejados por el estado presentan una difícil situación de pobreza e carencias en la áreas de educación, salud, saneamiento básico, nutricional, etc.
- ¹³ Ministério da Saúde. Política Nacional de Saúde integral da População Negra. Brasília: Ministério da Saúde, 2007. Pp. 37. El Ministerio de la Salud llegó a la conclusión de que era necesario considerar el racismo como un determinante social de salud, cuando constató estadísticamente las diferencias en las condiciones de salud presentadas por los sectores blanco y negro de la población. En ese año, por ejemplo, 67% de las gestantes blancas tuvieron 7 o más consultas prenatales, mientras que sólo 37% de las negras y 27% de

las indias consiguieron ese cantidad de consultas. El riesgo de un niño negro morir antes de los 5 años por causas infecciosas y parasitarias era 60% mayor que el de un niño blanco y la posibilidad de morir por desnutrición era 90% mayor. También se constató que la mortalidad materna es mucho mayor entre las mujeres negras que entre las blancas.

Referencias bibliográficas

- FREYRE, Gilberto. Casa grande e senzala. São Paulo: Global, 2003.
- IANNI, Octavio [et. al]. O negro e o socialismo. São Paulo: Editora Fundação Perseu Abramo, 2005
- MARTÍ, José. *Obras Completas*. Tomo 3. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1973
- MINISTÉRIO DA SAÚDE. *Política Nacional de Saúde integral da População Negra*. Brasília: Ministério da Saúde, 2007.
- ORTIZ, Fernando. “Los factores humanos de la cubanidad”. In: Ortiz, Fernando. *Fernando Ortiz y la Cubanidad* (Selección de Norma Suárez). La Habana: Fundación Fernando Ortiz, 1996.
- ORTIZ, Renato. *Cultura brasileira e identidade nacional*. Rio de Janeiro: Brasiliense, 2002.
- MARTÍ, José. *Obras Completas*. Tomo 3. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1973.
- POEY BARÓ, Dionisio. “A 120 años de ‘Mi raza’”. *Anuario del Centro de Estudios Martianos*. La Habana, n. 36. 2013. [En proceso editorial]
- SANTOS, Gevanilda “Comentários”. In: Ianni, Octavio. *O negro e o socialismo*. São Paulo: Editora Fundação Perseu Abramo, 2005
- SERVAT, Pedro. *El problema negro en Cuba e su solución definitiva*. Apud: Pedro PÉREZ SARDUY, Pedro; STUBBS, Jean. *AfroCuba*. San Juan, Puerto Rico: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1998